

PÍO CARO-BAROJA

El cuaderno de la ausencia

CÁTEDRA

1.ª edición, 2020

Ilustración de cubierta: Itzea, fotografía de Pío Caro-Baroja Jaureguiualzo

Ilustración de contracubierta: Julio Caro Baroja (izq.) y Pío Caro Baroja (der.), fotografía de Fernando Larruquert

Fotografía del autor (solapa): Daniel de Laborde

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Pío Caro-Baroja Jaureguiualzo, 2020
Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.catedra.com

ISBN: 978-84-376-4093-8
Depósito legal: M. 38.582-2019
Impreso en España - *Printed in Spain*

ADVERTENCIA PRELIMINAR

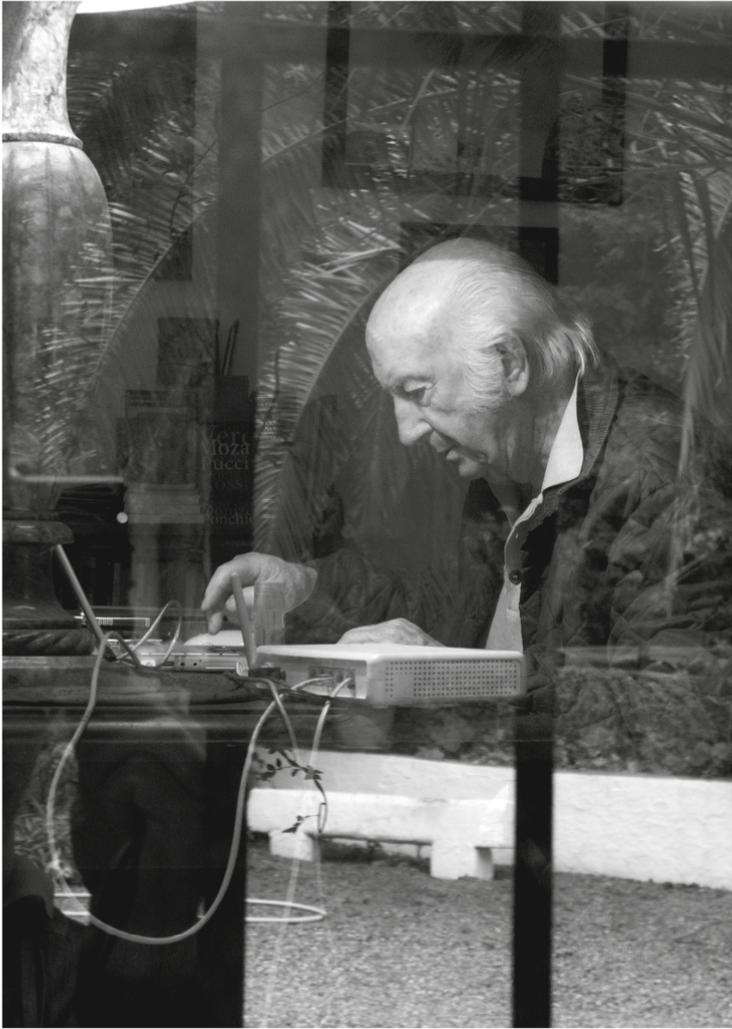
Al mes de morir mi padre comencé a llevar un diario en el que fui registrando el primer año habitando en el hueco de su ausencia. En él anotaba lo que nos iba sucediendo a los de casa (y a Itzea, la propia casa) con los asuntos de la nueva vida, a la par que me dirigía al padre ausente con el propósito de plantarle cara a un silencio igualmente inédito que se iba instalando, como el aluvión de una riada o una correntada de aire frío y húmedo, por todos los espacios de la casa y los rincones del jardín.

El diario dejó muy pronto de ser uno al uso, y se convirtió en un recipiente extraño donde no solo había lugar para la evocación de la figura paterna o el anecdotario familiar, que iba resurgiendo de nuevo, de manera inconsciente, según el ánimo del día. En él había también lugar para el «diario de viajes», en una temporada muy ajetreada de reenganche con los asuntos de la lucha por la vida, y también para la reflexión intimista, la evocación poética de los lugares del alma, la crítica arbitraria y la defensa de la familia contra los desbarres y pellizcos de monja propinados por algunos esquinados personajes de la sociedad literaria a modo de incomprensibles y extemporáneos ajustes de cuentas. Un diario que, como tal, no pretendió ser nunca una biografía de mi padre, aunque sí se hallen en él chispazos suficientes para intuir la rebelde melan-

colía de su personalidad, ni tampoco una semblanza familiar, pues para eso ya hay especialistas, aunque no deje de ser un texto escrito desde el corazón de Itzea y, por ello, quizás resulten familiares los paisajes y sus texturas a los barojianos más incondicionales. Se trata de un texto elegíaco, a ratos onírico e intimista, que en ocasiones tuve la sensación de escribir bajo los efectos de un potente narcótico que no era otro que el opio de recordar, junto al padre muerto, un mundo tan particular como lo es —o quizás como lo era— el de «los Baroja», con sus paisajes afectivos: Itzea, Vera, País Vasco, Madrid, Málaga y, en menor medida, la Argentina. Un diario donde el espacio físico y los objetos que en él se contienen, como materialidad más visible de ese rastro de la ausencia, tienen un lugar central, pues son los principales protagonistas de las sensaciones y recuerdos que van surgiendo a lo largo de los días y de las páginas del cuaderno.

Regresar a esa materialidad después de la desaparición del protagonista silente del libro, habitar el hueco de su ausencia y convivir con las huellas físicas de su paso por el mundo, fue como callejear bajo la lluvia solo, una tarde de domingo, por las calles de una ciudad vacía después de haber paseado por ella infinidad de veces de la mano de un gran amor. Un paseo donde la soledad iba multiplicando caprichosamente sus formas y presentando caras nuevas en cada zancada, a la par que se iba acrecentando en mí la necesidad de no abandonar jamás un mundo de ayer en el que encontraba calor y consuelo: el mundo de Itzea y de sus habitantes. A todos ellos, vivos y muertos, familiares y amigos, van dedicadas estas páginas.

El cuaderno de la ausencia



Pío Caro Baroja en la finca de El Carambuco (Málaga).

Al morir mi hermano Julio, mi primer impulso fue ir a hablar con mis padres para decirles que había muerto su hijo mayor. Después, con un inmenso dolor, necesité conversar con mis seres queridos y con mis amigos, pero como se habían ido decidí escribirles como si estuvieran vivos, contándoles cosas de las que habíamos hablado en otras ocasiones y que les interesaría saber. Así curé mi dolor.

Pío Caro Baroja (prólogo a *La barca de Caronte*;
epístolas para la otra orilla)

ITZEA, VERA DE BIDASOA, 23 DE DICIEMBRE DE 2015

Han transcurrido veintitrés días desde tu muerte. Ayer tarde regresé a Itzea, tu casa, donde siempre dijiste que querías morir, a pesar de que en el último tranco de la vida ya intuyeras que estos asuntos no se pueden programar demasiado; como tampoco alcanzo ahora a imaginar mi vida ocupando el hueco de tu ausencia.

Aquí estoy, de nuevo en Itzea, sentado frente a tu última mesa de trabajo, en la salita contigua a la habitación de tu hermano Julio, el dormitorio de tu infancia, el lugar donde habías pensado instalarte para ir concluyendo con el repaso de la película de tu vida. Uno de tus nidos, como llamaba irónicamente tu mujer a esos rincones que ibas colonizando por toda la casa con tu cacharrería más íntima, con todos esos cachivaches y objetos de distinta naturaleza que los niños y los viejos van acopiando durante el día en los bolsillos de los pantalones; rodeado por los cuadros y grabados románticos con las vistas del lago de Como y del «Maggiore», que trajeron consigo los tatarabuelos, Nessi, empapelado por las cuatro paredes con los tomitos verdes de la colección Loeb Classical Library de clásicos grecolatinos, por los diccionarios y los libros más trajinados de sus asuntos históricos y antropológicos.

No recuerdo haber ocupado antes este lugar. Las casas grandes le van dando a uno nuevas perspectivas y veladuras a

lo largo de la vida y esta que tengo ante mí es otra más, otra capa, por poco atendida o desconocida que ahora me resulte. La exploro. Recorro con ojos y manos la superficie de cuero de la mesa, una geografía llena de cicatrices y manchas de tinta; palpo cada uno de los objetos con los que voy tropezando por el camino, deteniéndome con morosidad en cada uno de ellos. Algunos me habían pasado desapercibidos hasta ahora; pero a la mayoría ya los conocía como integrantes de tu ajuar portátil de los últimos años: navajitas de distintos tamaños, tijeras, cortaúñas, plumas estilográficas, estuchitos de madera, una lupa con el mango de marfil, fotografías antiguas de Itzea, vistas panorámicas del pueblo, de los barrios de Madrid por los que habéis ido viviendo a lo largo de un siglo, unos prismáticos marca Docteur, una regla de madera en centímetros y pulgadas, un calibre de los que utilizan los ferreteros para medir el grosor de los tornillos, un juego de dos compases roñosos dentro de una caja de madera oscura, que no sé si serían de tu abuelo Serafín [Baroja], de la época de estudiante de ingeniería.

A mi derecha, bajo un gorro verde de lana de alpinista, cuatro cajas apiladas de películas de vídeo: *Niebla en el pasado*, la favorita de tu madre, según decías; *Rebecca*; tu documental: *Navarra, cuatro estaciones*, y *Milagro en Milán*. A la izquierda, sobre un cartapacio negro de cuero, una edición de tu tío Pío en Caro Raggio de *Familia, infancia y juventud*, anotada a mano. Abro el libro al buen tuntún y leo lo primero que encuentro subrayado: «Hubo un J. Nessi, astrólogo del siglo xv, el cual publicó un libro de pronósticos, que dedicó al erudito que sorprendió al mundo por su erudición, llamado Pico de la Mirandola».

Prosigo con la inspección, abriendo y cerrando cajones, profanando tus últimos escondrijos. Tropezco con tres cuadernos de páginas a cuadros con palabras sueltas, anotaciones que me resultan ahora indescifrables y, junto a una fotografía de tu madre en la huerta de casa, los que parecen ser unos ripios a

medio hilvanar donde solo logro descifrar las palabras «muerte», «amor» y «ausencia»; en otra esquina del mueble una petaca de cristal forrada de cuero junto a un facón argentino con tus iniciales entrelazadas: P. C. B. En el cajón central, bajo el tablero de la mesa, encuentro estuches con gafas, de los muchos pares que fuiste coleccionando a lo largo de la vida, robándoselos a los muertos, no sé si por pereza de ir a la óptica o porque te gustaba ver las cosas a través de los ojos de los otros. Los voy abriendo: unas gafas de montura metálica redonda que me recuerdan las que usaba la abuela Feliciano en Semana Santa, cuando se infligía la penitencia de pelar habas y guisantes para purgar sus pecadillos, que no creo que fueran muchos; otras son, sin duda, del tío Julio, pues aparece con ellas en algunas fotografías de los años setenta y en el retrato a lápiz de Albizu que cuelga de su despacho en Madrid.

Me entretengo un rato con el estuche de *Milagro en Milán*, con la carátula y el resumen del guion. Una de tus películas preferidas y que, por lo que veo, te ha acompañado hasta el final de la vida. Usaste este mismo fotograma para la cubierta de tu libro *El neorrealismo cinematográfico italiano*. El fotograma con la imagen del niño protagonista, «Totó el bueno», caminando solo detrás del coche fúnebre de tercera donde va el ataúd de su madre adoptiva, «la señora Lollota» —encarnada por la actriz Emma Gramatica—, la *signora* que lo encontrara abandonado recién nacido bajo una berza una mañana de invierno en un huerto de un arrabal de Milán. Totó recorre media ciudad con la sola compañía del cochero y del caballo hasta que un ladronzuelo que huye corriendo de unos *Carabinieri* se apunta al cortejo, para pasar desapercibido y distraer la atención de sus perseguidores.

Salgo al balcón del gabinete con el propósito de oreamme y dar unas cuantas zancadas de un lado a otro por uno de tus últimos reductos de la vida en Itzea, cuando ya habían llegado

los días en que no podías salir más al jardín y te lo tenías que subir a casa. Te recuerdo ahí en lo alto, tomando el sol en la recachita, con el sombrero de pana o la boina y los ojos cerrados, echándote una *kurruxka* en tu silla plegable verde de cazador de aguardos; te recuerdo allí arriba, yo preguntándote o comentándote algo desde abajo, mientras podaba las hortensias y los rosales; recuerdo, también, tus momentos más furtivos, cuando creías que nadie te observaba y hacías desde ahí arriba tus pises clandestinos, tus pises «al fresco». Apoyo los brazos en la barandilla del balcón y basculo con en el cuerpo hacia adelante para contemplar bien el jardín; permanezco un buen rato observando la placita de losas con los tres bancos blancos en torno a la mesa de mármol a la sombra del magnolio que se extiende bajo mis pies. Recuerdo que ahí abajo, en septiembre, te saqué unas fotografías. En una de ellas apareces sentado junto a la madre, con el poni, que asomaba la cabeza con impertinencia por detrás; en otra, en la última fotografía que tenemos los dos juntos, también aparece «Bambino», tratando de interponerse entre ambos. Tú estás muy flaco y sonriente, y yo con aparezco con gesto de preocupación debido a que una hora antes habíamos estado en el centro de salud y las noticias no eran ni buenas ni malas, sino confusas, como suelen ser las de los médicos mediocres. Tú sonríes porque te habían dejado ir a casa y te sentías libre. Pero, más que en aquellas fotografías de septiembre, reparo ahora en un día impreciso de la primavera pasada en ese mismo lugar y en una frase que lanzaste al aire. Era la hora del aperitivo y esperábamos a Carmen. Estabas callado aquella mañana; miraste a la escalera de piedra que sube a Itzea para cerciorarte de que nadie nos escuchaba y me soltaste un latigazo directo: «cuando me muera lo vas a pasar mal mucho tiempo». Y sigo rumiando esas palabras tuyas que entonces no comprendía, en lo profundo y trágico de su significado; pienso en aquel día a la par que

pierdo la vista en el horizonte. Hacia el este, detrás de las ramas peladas de los árboles del jardín, se divisa la joroba cimera del monte Labiaga, con su cresta de rocas y la cicatriz parduzca que dibujan las hayas nacidas entre las dos peñas.



El día ha amanecido luminoso y con una temperatura inusualmente cálida para la época. La luz horizontal del invierno rebota en los espejos y en los cristales de los grabados dibujando sombras chinescas en las paredes de las salas, animando el interior de la casa que se va transformando tenuemente con las horas como si siguiese al reloj de sol de una de esas iglesitas de los pueblos vecinos del País Vasco francés. A medida que voy abriendo las contraventanas de la fachada norte, pienso en la casa como si se tratase de un ser que hiberna, que súbitamente se siente deslumbrado por la luz y la vida, que trata de sacudirse en un instante los fríos y el entumecimiento de la inmovilidad. El estado natural de Itzea es la oscuridad, y a oscuras transcurre y ha transcurrido la mayor parte de su vida, durante los meses que nadie la habita. Prosigo mi camino pensando en la idea de que existen dos Itzeas: una, la conocida, la nuestra, la que se va desvelando cada vez que abro las contraventanas, y otra sombría, oscura, ajena por completo a sus habitantes, iluminada solamente con la poca luz que se pueda colar desde algún ventanuco mal cerrado o una ventana desportillada. Y por momentos no sé por cuál de ellas me desplazo y en cuál habito.



Ayer tarde le devolví a Itzea la luz después de tres meses a oscuras. Tres meses más tarde de que salieras el 28 de septiembre para no volver. Aquella mañana, sin que te dieras cuenta,

te saqué una fotografía con el teléfono móvil; la última tuya en Itzea, la que cerraba para siempre el álbum de tu vida beratarra. Te la tomé de espaldas; caminabas sobre el último haz de luz que se colaba por la puerta antes de traspasarla por última vez. Caminabas apoyado en el bastón con el pomo de plata criolla, hoy de tu amigo Miguel, que compraste en Cardón en Buenos Aires cuando cumpliste ochenta años el 5 de abril de 2008. La cabeza cubierta con una de tus boinas, no sé si sería una de las heredadas de tu hermano o quizás de alguno de tus tíos, abrigado con una zamarra verde de lana que te sobraba por todas partes y los pantalones beige de pana gruesa. Caminabas hacia el coche con pasos inseguros y con la cojera casi imperceptible por la extrema lentitud en el desplazamiento. De la mano izquierda te colgaba un neceser azul de los que dan a los viajeros en los vuelos intercontinentales, con toda probabilidad de tu último viaje a América, no tanto tiempo atrás. Más tarde supe que en él irían tu maquinilla de afeitar, un peine, el cepillo y el pegamento para la dentadura.

Salías de Itzea por última vez, ligero de equipaje, quizás pensando en volver pronto y proseguir con tus planes de continuar dormitando arriba, entre libros, olores y recuerdos, quizás esperando que junto al Mediterráneo te curarías del pecho y recuperarías unas pocas fuerzas, o quizás barrantando que también existiera la posibilidad de no regresar a Itzea nunca más.



Enciendo el fuego bajo del comedor con tres troncos a medio arder de la última fogata de septiembre. Prenden con facilidad; me ayudo de una gavilla de astillas donde cuelo una bola de cera envuelta en papel de periódicos viejos. Contemplo arder la cera y el chisporroteo de las astillas e inconscientemente tengo la sensación de estar oficiando, *sui generis*, el ritual vasco

de las *arguizaiolak* en los funerales de los difuntos. En tu película *Gipuzkoa* aparece, al hablar del ciclo de la vida, que, cuando llega la hora de la muerte, un anciano vecino del difunto se acerca a las colmenas a fin de pedirles más trabajo y cera a las abejas para las *arguizaiolak* de los próximos muertos en camino. Con la fogata ya prendida prosigo con un ritual fúnebre que voy improvisando sobre la marcha, y me animo a trasladar la cajita plateada con tus cenizas a la habitación del tío Julio. La deposito encima de la cama sobre la manta de vicuña, en la cama donde dormías cuando eras un niño y en la que querías morir, quizás para conectar así tu despedida de la vida con los mejores sueños de tu infancia o con el propósito de restituir tu deseo irrealizado de morir en Itzea y quedarte en ella para siempre. De regreso al comedor me quedo un rato en la mecedora con los ojos cerrados centrándome en los olores y sonidos de la sala. El chisporroteo de la hoguera se confunde con el arrullo de Xantell Erreka, que baja crecido y saltarán abriéndose camino entre las piedras y las ramas caídas del cauce.

Se consume el fuego y me retiro a la habitación. Me acuesto pronto y leo *La Barca de Caronte; epístolas para la otra orilla*. Es ahí donde encuentro la justificación a estas páginas que empiezo a escribir. En el prólogo dices:

Al morir mi hermano Julio, mi primer impulso fue ir a hablar con mis padres para decirles que había muerto su hijo mayor. Después, con un inmenso dolor, necesité conversar con mis seres queridos y con mis amigos, pero como se habían ido decidí escribirles como si estuvieran vivos, contándoles cosas de las que habíamos hablado en otras ocasiones y que les interesaría saber. Así curé mi dolor.

